

MARISA NAVAS

**ANTONIO LAGO CARBALLO.
UN HOMBRE DE CONCORDIA**

Prólogo de
José Luis García Delgado

Epílogo de
José María Lago Bornstein

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2019

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO, <i>por José Luis García Delgado</i>	11
NOTA PRELIMINAR, <i>por Marisa Navas</i>	15
APUNTES (AUTO)BIOGRÁFICOS.....	19
1. Octubre de 1942. Llegada a Madrid: la Residencia de Estudiantes de Pedro Laín.....	19
2. De León a Ponferrada: los niños de la guerra.....	26
3. Los primeros años en Salamanca: las «horas cúbicas» de Unamuno.....	29
4. Encuentro con la otra orilla: Congreso de Pax Romana.....	31
5. América: una pasión.....	37
6. Berta: su compañera de vida.....	42
7. La revista <i>Alférez</i> : lo más granado de la intelectualidad.....	44
8. El Colegio Mayor Guadalupe, su primer hogar.....	52
9. Un intento de apertura. El Ministerio de Ruiz-Giménez.....	57
10. La vida en Buenos Aires: cuatro años apasionantes.....	69
11. El periodismo y los trabajos «ganapán».....	74
12. «Del brazo» de Leopoldo Calvo-Sotelo.....	80
13. La religiosidad: los amigos de Buenafuente.....	84
14. La más grata labor como «hombre público»: Patrimonio Artístico y Cultural.....	88
15. «Mi 23-F».....	95
16. Aquel señor que camina con el presidente.....	102
17. <i>De Senectute</i> : creación intelectual y gestión editorial.....	105
18. Jimena y la Fundación Menéndez Pidal.....	109
19. Tras los pasos de d'Ors: la tertulia Mindanao.....	111

	Pág.
20. El accidente en Alemania: aprender a vivir de nuevo.....	115
21. El rector García Delgado: medalla de honor de la UIMP.....	117
22. Coda.....	125

EVOCACIONES

MI MAESTRO, <i>por Manuel Alcántara Sáez</i>	131
LA CONCORDIA Y LA MEMORIA: ANTONIO LAGO CARBALLO, <i>por Pedro Álvarez de Miranda</i>	135
ANTONIO LAGO, EDITOR, <i>por Ignacio Bayón</i>	137
RECONCILIACIÓN, <i>por Miguel Carrera</i>	141
EVOCANDO A ANTONIO LAGO, <i>por Pedro Cerezo Galán</i>	145
RETAZOS DE UNA AMISTAD, <i>por Aristóbulo de Juan</i>	151
ANTONIO LAGO CARBALLO, SIEMPRE COLEGIAL, <i>por Luis Ángel de la Viuda</i>	155
ANTONIO LAGO, <i>por Olegario González de Cardedal</i>	157
RECUERDO DE ANTONIO LAGO, <i>por Milagro Laín</i>	161
UN MAESTRO DE LIBERTAD, <i>por Emilio Lledó</i>	165
ANTONIO LAGO CARBALLO. UN HUMANISMO PERMANENTEMENTE AGGIORNATO EN LA FUNCIÓN PÚBLICA, <i>por Antonio López Pina</i>	167
ANTONIO LAGO CARBALLO, <i>por Federico Mayor Zaragoza</i>	173
UN ADELANTADO DE LA RECONCILIACIÓN, <i>por Rodolfo Martín Villa</i>	175
ANTONIO LAGO CARBALLO, HOMBRE DE FE, <i>por Ángel Moreno</i>	179
ANTONIO LAGO CARBALLO: EL CULTIVO DE LA AMISTAD, <i>por Eugenio Nasarre</i>	181
ANTONIO LAGO CARBALLO, <i>por Miguel Ormaetxea</i>	185
RECUERDO Y PRESENCIA DE ANTONIO LAGO, <i>por Antonio Pau</i>	189
ANTONIO, <i>por Miguel Sáenz</i>	193

	<u>Pág.</u>
HOMENAJE A ANTONIO LAGO CARBALLO, <i>por Juan Velarde Fuertes</i>	195
EL ABUELO ANTONIO, <i>por Mónica Méndez Lago</i>	197
EPÍLOGO, <i>por José María Lago Bornstein</i>	201
TESTIMONIOS FOTOGRÁFICOS	
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	233

PRÓLOGO

Este es un libro que merece agradecimiento: contribuirá a conservar la memoria de una vida por muchos motivos admirable, a mantener fresco el recuerdo de un hombre que precisamente hizo del recuerdo y el relato de lo vivido una obra de arte. Cuantos le han conocido pueden corroborarlo: Antonio Lago, siempre tan cultivado como discreto —esa discreción que es un atributo ético y estético—, además de participar activamente en significativos episodios que jalonan la historia cultural española desde la mitad del siglo XX, los supo contar con una destreza sin igual, aunando precisión y ecuanimidad, detalle y contexto. Los testimonios firmados que esta misma obra contiene, todos tan concluyentes, son una muestra bien representativa.

Gracias, pues, a Marisa Navas, autora de una semblanza cercana, penetrante y diáfana a un tiempo. Ha sabido dibujar los perfiles de una personalidad rica en saberes y desempeños, captando tanto el sentir como el hacer de quien estuvo presente en relevantes empresas de nuestra historia colectiva.

* * *

Retomaré ahora las breves líneas con que en otra ocasión traté de evocar una larga y fecunda trayectoria.

Desde el final del decenio de 1940, la presencia de Antonio Lago, invariablemente un paso —o varios— por detrás del oficiante principal, es importante en el Instituto de Estudios Políticos, como secretario general, en el Instituto de Cultura Hispánica, como jefe del Departamento de Intercambio Cultural y, como director en dos Colegios Mayores (Guadalupe y Cisneros) que entonces alcanzaron

altas cotas de actividad cultural. Durante el primer lustro de los cincuenta, será muy cercano colaborador de Joaquín Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación, que por fundados motivos merece no ser olvidado. Inmediatamente después, encontrará la oportunidad de entregarse plenamente a su acendrada vocación americanista al incorporarse al Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas, asumiendo máximas competencias en las delegaciones de Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile. Luego, tras un periodo de trabajo como profesor de «Regímenes políticos de Iberoamérica» en la Universidad madrileña, le llegará el encargo, en horas no cómodas ciertamente, de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural (1977-1978) y de la Subsecretaría del Ministerio de Educación y Ciencia (1980-1982), dejando en ambos cometidos multiplicados testimonios de gran iniciativa y de temple dialogante.

De su fructífero saber hacer sin ruido son bien reveladoras dos contribuciones «institucionales» que conozco bien. Una en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, la otra en la Fundación Ramón Menéndez Pidal. De la primera comenzó siendo secretario del Curso de Problemas Contemporáneos que comandara Pedro Laín y director de la residencia del Palacio de la Magdalena, para más tarde dirigir cursos y seminarios, terminando por escribir la minuciosa crónica de una parte sustancial de la historia de la UIMP e integrarse como vocal en su Patronato (como rector entre 1995 y 2005, ni un solo día dejé de encontrar el oportuno consejo y ayuda de Antonio Lago). Y, en la segunda, sus buenos oficios fueron decisivos tanto para ponerla en pie, en estrecha colaboración con Jimena Menéndez Pidal, como para salvaguardar más tarde su patrimonio, aceptando la presidencia de la Fundación en circunstancias especialmente difíciles. Ni un átomo de narcisismo en nada de ello; solo eficaz trabajo sin alharacas.

Toda su vida creo que fue así, en lo público y en lo privado. Una vida plena como hombre de cultura —en el sentido más hondo de esta expresión— y servidor de los intereses generales de su patria; también como padre de una gran familia y amigo generoso. Con el invariable estilo de quien es elegante material y espiritualmente: de porte y alma elevados, puro el corazón y limpias las manos.

Bienvenidas sean, por tanto, estas páginas bien trabajadas y logradas. Todos los que quisimos y seguimos queriendo a Antonio Lago estamos de enhorabuena.

José Luis GARCÍA DELGADO
Madrid, marzo de 2019

NOTA PRELIMINAR

La única atenuante que hallo ante la osadía de escribir momentos de la vida de un referente intelectual y personal como ha sido para mí Antonio Lago Carballo se remonta al origen de la idea. Cuando el profesor García Delgado me propuso asumir esta tarea, sentí más responsabilidad que orgullo. Debo confesar que según iba adentrándome en el detalle y la reflexión me convertí en una persona afortunada, por poder transitar al lado de un ser excepcional, que yo había escogido como segundo padre, y prolongar así su existencia en mí: no le recordaba, le vivía en cada párrafo y lo único que echaba de menos era no haberle preguntado más y mejor.

Gracias a la familia, fui descubriendo sus escritos. Eran como él: profundos pero amenos, con esa prosa genial que en su día destacó Pedro Laín Entralgo; solo comparable con su extraordinaria oratoria. Y entre todos, una revelación: el documento titulado *Guion para unas Memorias «Explicación Personal»*. Eran cinco folios, más dos con la relación de viajes a Hispanoamérica, mecanografiados y con anotaciones de su puño y letra. Encabezaba los quince puntos en los que resumía su historia una cita de Stefan Zweig: «Jamás me he dado tanta importancia como para sentir la tentación de contar a otros la historia de mi vida». He ahí la causa de sus continuas negativas a sentarse ante el ordenador para relatar sus experiencias cuando sus hijos —y principalmente su nieta mayor, Mónica— le pedían que escribiera «sus Memorias».

Antonio Lago Carballo había sido protagonista de momentos y situaciones transcendentales en la historia de España; desde el intento de apertura de Ruiz-Giménez —de quien fue directo colaborador— en plena dictadura franquista, hasta la transición a la democracia, proceso en el que contribuyó como alto cargo en los gobiernos de Suárez y Calvo Sotelo. Fue, como a él le gustaba sentirse, parte activa

de su tiempo; un tiempo y una figura que sus amigos y su familia hemos querido glosar en estas páginas, sirviéndonos del material máspreciado: sus propios escritos.

Es por ello por lo que el profesor García Delgado propuso utilizar la expresión (auto)biografía para resumir el intento de contextualizar esos escritos personales, de gran valor sentimental pero también histórico. Con esta pretensión y no otra, nace este volumen, que adquiere toda su entidad gracias a las muy valiosas aportaciones de un nutrido grupo de personalidades del mundo de la cultura —en la más pura concepción orteguiana de «sistema vital de las ideas de cada tiempo»— que aceptaron con ilusión evocar la figura de su amigo Antonio Lago.

Al profesor García Delgado, autor del prólogo e impulsor de este homenaje, y a las veinte firmas que engrandecen este trabajo quiero agradecer hoy su magnífica respuesta. Ha sido un honor contar con tan insignes colaboradores y disfrutar de sus palabras de apoyo y amistad.

No puedo olvidar tampoco el soporte que he encontrado en la familia, cuya estimable contribución quiero agradecer con nombres y apellidos:

Gracias a José María Lago, receptor del legado editorial y manuscrito de su padre, que además de escribir un sentido epílogo ha contribuido a la redacción de capítulos y ha aportado documentación sin la cual todo esfuerzo hubiese resultado baldío.

A Mónica Méndez, la primera que se animó a enviarme material autobiográfico y autora de una evocación que bien podría ser el exponente de lo que muchos miembros de la familia sienten y no alcanzan a expresar.

A Berta Lago, la primogénita, en quien confiamos la selección del material fotográfico y quien me hizo el honor de compartir muchos momentos familiares y muchas confidencias.

A Nati y Javier Lago, tándem de apoyo asiduo en los libros de D. Antonio, que han replicado su ayuda con la elaboración del índice onomástico, la primera, y la revisión de textos y entrega de materiales, ambos.

A una entusiasta Laly Otero, que me hizo partícipe de muchas anécdotas familiares que solía escuchar a su madre sobre el tío Antonio.

A tía Margot, que sin saberlo se ha convertido en un verdadero acicate.

Gracias especiales a Antonio Lago Bornstein, que ha heredado la extraordinaria capacidad de relación y convicción de su padre, destacando —en esto también— como mi más firme seguidor.

A Carlos Pascual, director de Marcial Pons, testigo de mi última afirmación respecto a Antonio Lago hijo.

A Santiago, Pablo, Ignacio, Guzmán, Juan Carlos...

A Emiliano Moreno, exdirector del Colegio Mayor Guadalupe, y a su esposa Margarita Zúñiga.

A quienes les gustaron las primeras páginas, a quienes me animaron y a quien me ha respaldado cada día durante muchos años, mi amiga Soledad García, que transcribió a la perfección los textos manuscritos.

A todos y cada uno, mi más profundo agradecimiento.

Marisa NAVAS

Madrid, a fines de febrero de 2019

APUNTES (AUTO)BIOGRÁFICOS

1. Octubre de 1942. Llegada a Madrid: la Residencia de Estudiantes de Pedro Laín

Aquel año Madrid disfrutaba de un otoño apacible. Las temperaturas diurnas, más altas de lo habitual para la época, animaban unas calles ambientadas con transeúntes que parecían querer presumir de aquel cielo que, despejando las primeras nubes matutinas, hacía famosa a la capital. La Cibeles había sido desenterrada, y en lo alto de la Gran Vía el edificio de la Telefónica desafiaba con su altura y singularidad a cualquier torre de Europa: diseñado por Ignacio de Cárdenas en equipo con el norteamericano Aldrich Durant, era, y lo fue con orgullo durante un tiempo, el rascacielos más elevado del continente.

En este Madrid castizo, que ocultaba con sentido práctico los pesares de una dolorosa posguerra, fue a recalar Antonio Lago Carballo. Su destino inmediato: los pabellones de la antigua Residencia de Estudiantes, en el núm. 21 de la calle del Pinar, reabierta ahora como Colegio Mayor Jiménez de Cisneros, dependiente de la Universidad Central. Una dirección postal a la que dirigirse para empezar a escribir el prólogo de lo que sería su destino con mayúsculas: formar parte de una generación de intelectuales que soñaron, desde la espiritualidad y la cultura, una España abierta y unida en la Hispanidad.

Fueron los llamados «niños de la guerra», una especie de generación oculta, «una generación —en palabras del propio Antonio Lago— frenada por los que, por haber hecho la guerra, se han sentido jóvenes para siempre»¹.

¹ Juan F. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo: intelectuales y política en la generación de los cincuenta*, Barcelona, Península, 1979, p. 194.

La Residencia de Estudiantes había sido lugar privilegiado de encuentro para las grandes figuras de la España cultural en las primeras décadas del siglo XX y un centro de debate de la modernidad europea. Antes de la guerra civil, los más insignes representantes de la ciencia, las artes y el pensamiento del viejo continente, desde Einstein a Le Corbusier, se habían dado cita en sus salones. La guerra cortaría de raíz aquella iniciativa singular y pionera en España.

Cuartel de milicianos y hospital durante la contienda civil, la antigua Residencia de Estudiantes reabrió nuevamente sus puertas, para el curso 1939-1940, bajo la dirección y estricta vigilancia de Mario González Pons, un personaje siniestro que también pretendía dirigir allí, además, un Centro de Reeducción de Jóvenes Prisioneros, y soñaba con compatibilizar ambos cargos. Parecía lógico, y así lo fue, que pronto empezara a contar con la oposición de los pocos antiguos residentes que no habían elegido el exilio y se habían reincorporado a la Residencia tras la contienda. Tan enrarecido estaba el ambiente que, como recuerda Margarita Sáenz de la Calzada², hasta Marcelino, el jardinero, se lamentaba con tristeza y recomendaba a un estudiante que buscaba plaza para un hermano menor: «Ay, señorito, no vuelvan ustedes, no vuelvan».

Según el relato de un alumno, recogido por Aurora Miguel Alonso citando a Sáenz de la Calzada: «Por aquella fecha apareció en la Residencia Sánchez Bella, que pretendía una cátedra de Historia en la [Universidad] Central. Consecuencia de las broncas con el director, o quizá por otros motivos que desconozco, lo cierto es que aquel animal (en referencia al director) desapareció, siendo sustituido por Laín Entralgo. El cambio, como comprenderás, fue de la noche al día. Con Laín volvió lo que llamamos el espíritu de la Casa y la Resi volvió a ser muy parecida a lo que fue antes, pues la herencia que dejaron sus antiguos rectores tenía la fuerza necesaria para no poder ser borrada en mucho tiempo»³.

A pesar de la gratitud de los residentes, en aquel otoño templado de Madrid Pedro Laín Entralgo, nombrado el 25 de octubre de 1940,

² Margarita SÁENZ DE LA CALZADA, *La Residencia de Estudiantes, 1910-1936*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 1986, p. 149.

³ Aurora MIGUEL ALONSO, «La Biblioteca de la Residencia de Estudiantes hasta su incorporación en la Universidad de Madrid, 1910-1943», *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija*, núm. 14, Madrid, 2011, pp. 53-74.

estaba a punto de tirar la toalla por las trabas que encontró para realizar con normalidad su trabajo.

Explica el propio Laín, con cierta ironía, en su *Descargo de conciencia*: «De esta [la Residencia] se había incautado por las buenas un señor procedente del carlismo. El hombre se instaló como un pachá en el hotelito de la dirección y convirtió en una especie de pensión barata la casa [...]. Era tan grande mi “poder” que ni siquiera conseguí desalojarle de una vivienda tan sin derecho ocupada. Dirigí la Residencia, pues, yendo a ella como va un oficinista a su oficina [...] me propuse configurarla vertiendo en un odre nuevo cuanto del espléndido vino viejo de aquella casa me fuese posible recoger. Todo inútil»⁴.

Ajeno a la decepción que vivía quien con el tiempo sería su maestro y amigo, Antonio Lago tuvo ocasión de conocer «la Residencia» de Laín, un Laín que comenzaba a distanciarse ya de la política educativa e intelectual del Régimen y que a partir de ese momento se consideró solo un director nominal, nunca efectivo, de una Residencia de Estudiantes reconvertida en Colegio Mayor Jiménez de Cisneros. Con la honestidad que lo caracterizaba, Laín calificó años más tarde de «fracaso y retirada» el balance final de su paso por la Residencia de Estudiantes⁵.

Pero para un estudiante de dieciocho años, recién llegado a Madrid, el Colegio Mayor no dejaba de ser «un centro de verdadera vida intelectual» y una oportunidad única, por tanto, para el desarrollo personal y formación en grupo. Un destino muy diferente al de quienes, venidos de provincias, debían buscar alojamiento en aquellas tristes pensiones de las calles Desengaño o Valverde. Porque en aquel Madrid de la cartilla de racionamiento y la reconstrucción, andar arropado no era asunto menor, y muchos de aquellos primeros amigos del Cisneros se convertirían con el tiempo en grandes compañeros de viaje a lo largo de la vida, prestos a la confidencia y a la acción conjunta.

La oportunidad de ocupar una plaza en la antigua Residencia de Estudiantes se le había presentado a Antonio Lago aquel mismo verano en Santander. Este, recién finalizado el segundo curso de Derecho

⁴ Pedro LAÍN ENTRALGO, *Descargo de conciencia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2003, p. 282.

⁵ *Ibid.*

en la Universidad de Salamanca y animado por la agrupación de las Juventudes de Acción Católica a la que pertenecía, asistió al primer encuentro de universitarios católicos, que se organizaba en la ciudad cántabra de Comillas. Al frente de aquellas jornadas figuraban como responsables, entre otros, Maximino Romero de Lema, Joaquín Ruiz-Giménez y Alfredo Sánchez Bella, quienes no tardarían en fijarse en las aptitudes de Antonio y en persuadirlo de que lo mejor que podía hacer de cara a su futuro era continuar los estudios en la Universidad de Madrid.

Aquel encuentro de Comillas resultó ser providencial en la trayectoria vital de Antonio Lago. Maximino Romero de Lema significaría para él, más allá de la profunda y sincera amistad, una de las personas clave en su orientación espiritual y religiosa. Hombre de confianza de Ángel Herrera Oria, Romero de Lema había finalizado sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho de Santiago de Compostela en 1932, y al año siguiente Herrera Oria ya lo había fichado para que impartiese Historia del Derecho en el recién creado Centro de Estudios Universitarios (CEU), en Madrid. Tras finalizar la guerra civil, Romero de Lema sería enviado como representante de los universitarios españoles, junto con Joaquín Ruiz-Giménez, al II Congreso de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos, celebrado en Chile. Despertada su vocación religiosa, ingresa en el seminario y estudia Teología en la Universidad Gregoriana de Roma y, en diciembre de 1944, sería ordenado presbítero en Santiago de Compostela.

La relación de Antonio Lago con Maximino Romero de Lema y Joaquín Ruiz-Giménez se prolongaría a lo largo de sus vidas de manera ininterrumpida. Casi cincuenta años después de haberse conocido, aún tendrían energía para poner en marcha los encuentros en el número 5 de la calle Pisuerga de Madrid, domicilio particular de Romero de Lema, cuando este ya era arzobispo titular de Cittá Nova. Allí se congregaba un grupo de viejos amigos que aún mantenían la ilusión de aportar, en la medida de sus posibilidades, soluciones a los problemas latentes que afloraban en la sociedad española de aquel tiempo. Eran los primeros años de la década de los noventa y por allí pasaron asiduamente, con Maximino Romero como anfitrión, Joaquín Ruiz-Giménez, Antonio Lago, Eugenio Nasarre, José Luis Fernández del Amo, Antonio Poch, Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, Alfonso de la Serna, Juan de Luis Cambor, Fernando Álvarez-Ude, Armando Durán, Carmen Vallina, José María García Escudero, Juan Velarde

Fuertes, Rafael Gallarza, Fermín Zelada y otros muchos. Actuaba como secretario y coordinador Diego Martínez Linares, responsable de levantar acta de cuantas reuniones se produjeron. En esta relación aparecen nombres que se han ido reencontrando a lo largo de los años, con trayectorias vitales que necesariamente se han ido entrecruzando. Personas que forjaron sus lazos de amistad en una edad muy temprana y que compartirían a lo largo de la vida unos mismos ideales y principios.

Con el paso de los años, Antonio Lago recordaría también con cariño aquellas reuniones que se celebraban en la Residencia de Estudiantes hasta altas horas en la habitación de Alfredo Sánchez Bella, que por entonces ya se había convertido en el impulsor del espíritu del Cisneros. Allí se gestó el primer grupo de amigos, que perduraría a lo largo del tiempo: los hermanos Castro Cubells, Jaime Delgado, José Artigas y Manuel Riera Clavillé. Muchos más se unirían en torno a la revista *Cisneros*: Julián Ayesta, Eugenio de Nora, José María Valverde. Y otros muchos, Lorenzo Riber, Antonio Poch, Sedó, Aymerich, Ángel Cadarso del Pueyo, Muñoz Cortés, José Luis Ochoa, Rafael Ferreres, Eduardo García de Enterría, Juan Carlos Goyenche, impulsaron una generación de intelectuales comprometidos con la idea de Hispanoamérica.

Una de las grandes iniciativas que se gestaron desde un primer momento en el Colegio Mayor fue la publicación de la revista *Cisneros*. Su primer número vio la luz en enero de 1943 y se abrió con unas expresivas palabras del ministro de Educación, José Ibáñez Martín: «Hay, en efecto, que forjar desde el ámbito universitario estas virtudes de ardor combativo, disciplinada jerarquía y espíritu castrense, que son la íntima raíz de nuestro movimiento falangista. Si la Universidad no supiera alcanzar esta meta es que habría malogrado su destino»⁶. Más adelante, en un artículo titulado «Nuestro Colegio Mayor», Alfredo Sánchez Bella trazaba las líneas que debían dibujar el espíritu de la institución: «Dar vida a una espléndida “élite”, capaz, luego, de dirigir al país»⁷. Aquel era, sin duda, el sentido último que

⁶ José IBÁÑEZ MARTÍN, «Palabras del Ministro de Educación Nacional», *Cisneros*, Revista del Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros», de la Universidad de Madrid, año MCMXLIII, núm. 1, p. 5.

⁷ Alfredo SÁNCHEZ BELLA, «Nuestro Colegio Mayor», *Cisneros*, Revista del Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros», de la Universidad de Madrid, año MCMXLIII, núm. 1, pp. 57-63.

colmaba los ideales del joven Antonio Lago. En aquel primer número aparecen los nombres de José Artigas, de Julián Ayesta o del padre Llanos, quien firma un artículo titulado «Nuestra misión intelectual». Hay que esperar al segundo número para encontrar la primera colaboración de Lago Carballo. Se trata de una reseña a la revista universitaria *Guion*, iniciativa editorial esta que surge en torno a un grupo de estudiantes de la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Con toda seguridad, la elección del tema para esta primera aportación de Antonio Lago a la revista *Cisneros* estuvo influida por el consejo y el asesoramiento del argentino Juan Carlos Goyeneche, por aquel entonces también residente en el Colegio Mayor.

Juan Carlos Goyeneche había llegado a Madrid en la primavera de 1942, como agregado cultural en la embajada argentina. Era un hombre carismático y de un magnetismo especial, con una idea muy clara de cómo debían entenderse los valores de la Hispanidad. En palabras de Alfredo Sánchez Bella, «[muchos] profesionales de las más diversas procedencias forjaron un ideal de acción iberoamericana en torno al magisterio de un argentino realmente excepcional: Juan Carlos Goyeneche. Él fue el verdadero creador de un modo diferente de entendimiento con América, que era a la vez fruto elaborado de un grupo de intelectuales argentinos, chilenos, mexicanos, peruanos, etc., cuyas obras conocía y divulgaba»⁸. Su mensaje caló pronto entre las elites de la intelectualidad católica y muy especialmente en el entorno del *Cisneros*, donde estuvo residiendo como invitado una breve temporada. Para Antonio Lago supuso un revulsivo incuestionable y despertó en él la atracción por todo aquello que significaba la idea de América. Al poco de conocerse, Goyeneche le obsequiaría con un librito que previamente le había firmado y dedicado su autor, Leopoldo Eulogio Palacios, y que Lago conservaría el resto de su vida por su especial significado. Su título: *La formación del intelectual católico*⁹.

Si en este primer contacto con la vida académica y cultural de Madrid, la figura de Pedro Laín Entralgo dejaría en Antonio Lago

⁸ «30 años de vida hispanoamericana en común. La historia del Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe contada por sus protagonistas», *Mundo Hispánico*, núm. 348, marzo, 1977, p. 72.

⁹ Leopoldo Eulogio PALACIOS, *La formación del intelectual católico*, Madrid, Ediciones Escorial, 1941.

Carballo la huella indeleble del intelectual católico comprometido con su tiempo, y Maximino Romero de Lema le abriría los ojos hacia una religiosidad consciente y consecuente, es, sin duda, Juan Carlos Goyeneche quien sería el responsable de inculcar en él un entusiasmo incondicional hacia los valores de la Hispanidad. Todos ellos corresponden a una generación nacida en la década anterior a la suya. Con ellos alcanzará la madurez intelectual y conocerá el sentido profundo de la amistad. Son sus «hermanos mayores», de los que se alimentará y aprenderá a lo largo de toda la vida. Hombres que le irán forjando como persona en los momentos especialmente cruciales, como el de la muerte inesperada de su hermana pequeña, o, sobre todo, cuando recibió la llamada de su propio padre desde Ponferrada para comunicarle que había fallecido Lalis, su madre. Así lo expresa Goyeneche en una carta fechada en noviembre de 1944, poco después de enterarse de la triste noticia: «No hay mejor ayuda ni mejor consuelo en los momentos difíciles. Allí se sufre, y en qué grado, lo que de imperfecto hay en nosotros. Dios te ha despachado un dolor después de otro. Cuando se es cristiano, el dolor forma y templea, dispone a ser mejor, a asentir con más fuerza. [...] Creo que el otro día no te demostré hasta qué punto te acompañé en tu desgracia. Siempre me ha sido difícil manejar mis sentimientos sinceros. Existe un temor a que sean mal interpretados que empuja al silencio»¹⁰.

Unos silencios que él, Antonio Lago Carballo, a lo largo de su vida siempre se mostró dispuesto a vencer y superar.

En aquellos meses finales de 1943, la etapa del maestro Laín en la antigua Residencia de Estudiantes estaba llamada a su fin: el 7 de diciembre de ese año, el rector de la Universidad de Madrid, Pío Zabala, dio posesión del cargo de director del Colegio Mayor Jiménez de Cisneros a Pedro Rocamora y Valls, en un acto que se celebró ya en las nuevas instalaciones de la Ciudad Universitaria.

Rocamora, que tuvo palabras de elogio para su antecesor Laín Entralgo, aludía, en un discurso ampliamente recordado, a la misión trascendental que se atribuía al Colegio Mayor: «Educar a la juventud universitaria significa, en primer término, llenar su espíritu de nobles ambiciones y de grandes ideales; es decir, todo lo contrario de lo que hiciera la vieja Universidad. [...] A partir de ahora, nosotros no po-

¹⁰ Carta manuscrita firmada por Juan Carlos Goyeneche y fechada en noviembre de 1944, Archivo ALC.

demos sentirnos indiferentes ante estos problemas del mundo, sino que contribuiremos a que las generaciones estudiantiles que pasen por este Colegio tengan, ante el problema de un mundo en constante cambio y renovación, una actitud decidida y valiente. Haremos que ellas formulen una concepción católica del mundo y de la vida y que ellas proclamen su fe en el destino histórico de España»¹¹.

2. De León a Ponferrada: los niños de la guerra

Primer hijo y el único varón de una familia leonesa, Antonio Lago Carballo nació en León el 4 de diciembre de 1923 y fue bautizado dos días después con los nombres de Ángel Antonio. A una jornada por carretera de la ciudad castellana, un bullicioso Madrid recibía con algarabía y entusiasmo a los reyes Alfonso y Victoria Eugenia, recién llegados de su último viaje a Italia. Más de cinco páginas, solo interrumpidas por el anuncio de un «infalible remedio contra los dolores de espalda y reumatismo», dedicó al acontecimiento el diario *ABC* al día siguiente. En la intimidad del hogar de los Lago Carballo la noticia y los motivos de alegría eran otros muy diferentes: había nacido el primogénito.

Los padres, Vicente y Lalis, se conocieron en El Arca de Noé, uno de aquellos antiguos y entrañables bazares de época, propiedad de la familia de Lalis. Ella había decidido bajar a echar una mano, sin sospechar de ninguna manera que aquella mañana su vida iba a dar un inesperado vuelco.

Vicente trabajaba como representante de artículos de regalo. Tenía un porte distinguido y elegante, que luego heredaría su primogénito junto con esas capacidades oratorias que harían de él un ser ameno e incluso magnético.

El flechazo fue instantáneo. Lalis, con una belleza clásica y morena, de bonitas proporciones, aunque de estatura pequeña como imponían los cánones de la época, acudió rauda a atender a este forastero que resultó ser un berciano de pro. Cuenta su nieta Laly que la muchacha, al comprobar la estatura de Vicente, calmó su inquietud elevándose sobre un escaño de madera tras el mostrador de la tienda. Días después, Vicente paseaba orgulloso esos centímetros de menos

¹¹ *Revista Nacional de Educación*, núm. 36, Madrid, 1943, pp. 143-145.

por la Plaza de Santo Domingo, hasta conseguir que ella le dijera el «sí, quiero».

Se casaron, y los primeros años fijaron su residencia en León. Allí nacieron Antonio y Mary. Pero pronto se trasladarían a vivir a Ponferrada, donde ampliaron la familia. Tres hijas más: Tere, Margot y Nati, aunque esta última falleció a la edad de once años por un problema cardíaco, que los desvelos y atenciones de su madre no pudieron evitar.

A algo más de cien kilómetros de León, en esa Ponferrada templaria que después hiciera célebre Luis del Olmo, instaló Vicente su fábrica de hielo y espumosos. «Productos Lago» rezaba el cartel de un chalecito que suministraba hielo a una sociedad que aún no sabía lo que era un frigorífico y tardaría años en descubrir el potencial de las neveras eléctricas.

Pero los comienzos no fueron fáciles. Como buen comercial, Vicente empezó regalando el hielo a los transportistas que llevaban la mercancía cubierta de sal para evitar su deterioro. Muchos pensaban que el hielo, al licuarse, pudiera estropear el pescado, pero el tesón de Vicente fue muy superior al recelo de aquellos, y «Productos Lago» logró instalarse en el mercado y facilitar un modo de ganarse la vida a la familia.

Creció así Antonio entre hielo y espumosos. Y algunos frutos secos, nueces sobre todo, que trataban con azufre los operarios de la fábrica para exportar luego a las Américas. Era un niño espigado y de piernas flacas que, tras su paso por la escuela pública, ingresó en el Instituto de Enseñanza Media Gil y Carrasco, situado en la parte alta de la ciudad.

Y fue entonces, a la edad de doce años, cuando tuvo que hacer frente a los dolores de una guerra que dejó huella en dos generaciones: la de los que combatieron y la de los que, como Antonio, contemplaban sus consecuencias con ojos infantiles. «Viví nuestra guerra en Ponferrada —recordaría cuarenta años después—. Allí solo había, el 18 de julio, como fuerza pública, la Guardia Civil. La ciudad estuvo durante cuarenta y ocho horas ocupada, aparte de las autoridades republicanas, por una expedición de mineros. Hasta que el 20 o 21 de julio, no recuerdo exactamente, una columna del ejército que venía de Galicia entró en Ponferrada. Los guardias civiles salieron entonces del cuartel y ocuparon la ciudad. Para un crío de

doce años como yo, que no había vivido ninguna experiencia similar, aquello fue algo que marcó en mi vida el comienzo de la memoria continua»¹².

El «mito de la juventud» de los que venían triunfantes del campo de batalla fue una preocupación reiterada en sus reflexiones intelectuales. Y de ello dejó constancia en distintos artículos y capítulos biográficos. En 1956 escribió una serie en el diario *Arriba* donde explicaba: «Es un hecho reiteradamente constatado que en toda guerra hay algo que vence con el que triunfa: el mito de la juventud. El combatiente muere joven, aunque regrese de los frentes absolutamente indemne y Dios le conceda vida centenaria. La más valiosa condecoración que recibe como premio a su esfuerzo bélico es la de ser —y creérselo— para siempre joven. [...] En nombre de este privilegio —noble y esforzadamente adquirido— taponar, más involuntaria que reflexivamente, el paso a las promociones que biológicamente poseen mayor mocedad e ímpetu»¹³.

Este pensamiento está en el origen de lo que entiende como una frustración colectiva: «Me parece que mi generación es una promoción de gentes que como conjunto no ha dado la medida de sus posibilidades. Me explicaré: yo creo —y a lo mejor hay aquí un deseo de justificarme o justificarnos—, y sin perjuicio de la enorme valía como diplomáticos o profesores o poetas de algunos de nosotros, que esta generación no ha fructificado»¹⁴.

Con una Ponferrada controlada por «los nacionales» muy al comienzo de la contienda bélica, Antonio estrenó en el Instituto el nuevo plan de estudios, impuesto por ley el 20 de septiembre de 1938 y basado en dos premisas esenciales: Patria y Religión.

Aquel esforzado aprendiz de la temible lista de los reyes godos y la infame tabla periódica de los elementos: hidrógeno, carbono, nitrógeno..., y suma y sigue..., litio, sodio, potasio...; este leonés estaría llamado a desempeñar en el futuro un papel relevante en la organización y puesta en marcha de los nuevos métodos de estudio, tanto en

¹² Juan F. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo: Intelectuales y política en la generación de los cincuenta*, Barcelona, Península, 1979, p. 190.

¹³ Antonio LAGO CARBALLO, «Una nueva generación entra en escena», *Arriba*, 14-15 de enero de 1956.

¹⁴ Juan F. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo: Intelectuales y política en la generación de los cincuenta*, Barcelona, Península, 1979, p. 194.

la modernización de la escuela como en la universidad española, en dos etapas muy diferentes de su vida: primeramente en los años cincuenta, con el ensayo de apertura desde el franquismo, y más tarde en los ochenta, en plena transición a la democracia.

3. Los primeros años en Salamanca: las «horas cúbicas» de Unamuno

A Vicente Lago le hubiera gustado que su hijo mayor, el único varón, hubiera heredado la empresa familiar. Pero a Antonio nunca le gustaron los números; jamás se sintió atraído por los negocios. Muy al contrario, desde joven disfrutó de la lectura y la escritura, pasiones que le había inculcado su profesor de literatura en el Instituto de Ponferrada. Con el tiempo, se convirtió en un gran orador; un genio de la palabra capaz de persuadir a la audiencia y mantenerla en vilo a la espera de un desenlace feliz para su relato.

Hablaba pausadamente, con seguridad, impostando la voz cuando era necesario y escenificando una broma aquí, una anécdota allá. Exhalaba cultura, sentido del humor y hasta un poco de atrevimiento en la imitación de voces populares. Más de una vez el dictador fue blanco de sus inocentes parodias. Cuentan que en una ocasión se atrevió a reproducir un mensaje del jefe del Estado —que reconvirtió en un discurso aperturista de tono liberal—, bien medido, para convencer al público, y bien distinto a lo que en Franco era usual. El éxito fue tal que ni él ni sus cómplices osaron aclarar la situación. *Excusatio non petita, accusatio manifesta.*

Llegada la edad, y «con un Madrid curándose de las heridas de la guerra», se decantó por Salamanca a la hora de iniciar sus estudios universitarios. Y se matriculó en Derecho: «A los dos años pasados en una ciudad tranquila, con buenas bibliotecas, cursos con un número reducido de alumnos, cargada de historia, debo buena parte de mi formación. Una formación no tanto jurídica, como humanística, sin duda también porque los maestros que más directamente me interesaron no estaban en las disciplinas jurídicas sino en la vecina Facultad de Filosofía y Letras»¹⁵.

¹⁵ Juan F. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo: Intelectuales y política en la generación de los cincuenta*, Barcelona, Península, 1979, p. 190.